

Poesía de Gabilondo Soler a sus cien años

Rubén Bonifaz Nuño

En 1935 entró en mi casa, por primera vez, un aparato de radio; es un Zenith modelo de aquel año, de onda larga y corta; creo que es alemán. Lo conservo todavía.

Pronto localizamos en él, en los 890 kilociclos de onda larga, la estación XEW, la voz de la América Latina desde México.

En aquel aparato, Alma, mi hermana menor y yo, que sólo habíamos podido oír la radio en casa de nuestro en extremo paciente y generoso vecino el doctor Alfredo Magaña, teníamos la posibilidad de escucharlo, como si fuera sólo para nosotros, desde la cama de mi mamá.

Naturalmente se transmitían programas para personas mayores; de ellos, recuerdo especialmente el de los cantores argentinos Abdón y Américo Alak; en él nació mi gusto por los tangos; ahí escuché por primera vez hablar de las usuales traiciones de las mujeres y aprendí para siempre “que aquel que se arruga pidiendo socorro, no es hombre ni tiene vergüenza con él”. Pero esto, en realidad no viene muy a cuento ahora. Ahora quiero hablar de los programas dedicados a los niños.

Había, por ejemplo, la que pienso fue la primera radionovela. Estaba patrocinada por la fábrica de calcetines y tobilleras Rex; se trataba de las aventuras de un a

suerte de Tazán mexicano. Se llamaba precisamente Rex de la selva.

Por cierto, que en 1936, en ese programa, tuve el primer dinero ganado por mí: fue en un concurso de dibujo acerca de los protagonistas de dicha radionovela, donde me dieron el primer premio: veinticinco pesos que gasté en juguetes para mi hermana Alma y para mí; para ella, compré una estufa eléctrica en miniatura; para mí, un riflecito de dardos que, después de dispararse miles de veces, funciona aún; lo guardo ahora ya invisible para mí.

Los principales programas dedicados a los niños eran entonces el del Tío Polito que nos narraba los combates entre Chapete y Pinocho. Por cierto que es falso lo que ahora se dice acerca de que trabajaba junto con Gabilondo Soler en su programa; en éste, a quien oíamos era a un locutor de apellido Cáceres, al cual llamaban el Cocuyito.

Es en ese programa en el cual pienso ahora ocuparme.

En él, repito que era el año 1935, la introducción “¿quién es el que anda allí?”, se cantaba con la tonada de *London bridge is falling down*. La primera canción que de Cri-Cri pude escuchar fue la del rey Bombón; siempre

lo imaginé como aquellos bombones casi hemisféricos que se adornaban, en su centro superior, con un trozo de almendra o de cacahuete; ese rey enamorado y a causa del desprecio de la princesa Caramelo, objeto de su amor, lloró tan fuerte que derribó su castillo de dulce, y en su caída lo raspó un merengue; lo raspó no más; si lo hubiera aplastado, como corrigió Gabilondo Soler, no hubiera podido más tarde aprovechar el “sí” de la princesa.

Puedo decir con perfecta verdad que en ese programa tuve mis iniciales acercamientos a la poesía. No me refiero sólo a los deslumbramientos a que el Grillo Cantor me llevó con asuntos como aquel del Cocuyito playero con su linterna de plata o el del pajarito que con alas plateadas nació a la hora misma en que las hadas cantaban su cantar, o al de la niña que, a solicitud de los pájaros, las flores y los árboles, decidió convertirse en cascada a fin de reinar sobre el bosque.

Tampoco me refiero a la multitud sugerente de personajes que habitaban el mundo en que el Grillo Cantor nos introducía: la Ricitos de Oro, los Enanos Panza Roja y Nariz Verde, don Pimpirulando y su escuela de perritos, la Muñeca fea, la Negrita Cucurumbé, el Chinito del jarrón, la Cocorita, la Patita, los dos mayates cojos, doña Zorra la del teléfono; casi todos plausibles, salvo algunos como el sanguinario abejerro Mostachón o el mal hablado Negrito Sandía o la niña egoísta que no quiso compartir su cocada o el hechicero don Perfidio Malaentraña.

Quiere hablar de modo principal de los poemas que todavía me conmueven cuando los recuerdo, y que son aquellos donde se canta a propósito del transcurso del tiempo; no únicamente el del pobre calendario que adelgaza de acuerdo con los días que se van yendo, o el del eterno baile que junto al piano ejecutan las horas del reloj, poesía que me llevaba hasta muy atrás en el tiempo donde las horas consumaban ya su danza, o al futuro que me advertía que los niños de mis niños nunca las verían descansar en ella; el paso de los sonidos “dan, din, don” a “din, don, dan”, me sugería de algún modo los principios y los fines que el tiempo ocasiona en la vida. Porque en la letra de tales canciones, tuve de modo concreto mi acercamiento inicial con la poesía de la muerte; de esta manera, ocurre, aunque la muerte no se mencione concretamente, en la canción donde la abuelita llora a ratos al ver en su ropero las fotografías de los seres ya desaparecidos a quien ella amó.

Pretendo ir, por fin, al poema en donde encuentro todavía las mayores alturas alcanzadas por Cri-Cri; es el del marinero, que intentaré transcribir íntegro a continuación. Y conste que transcribiré sólo las palabras omitiendo algo fundamental: la milagrosa melodía que sustentaba dichas palabras, y, más aún, la voz con la cual eran cantadas. Aquella portentosa voz de Gabilondo



Francisco Gabilondo Soler

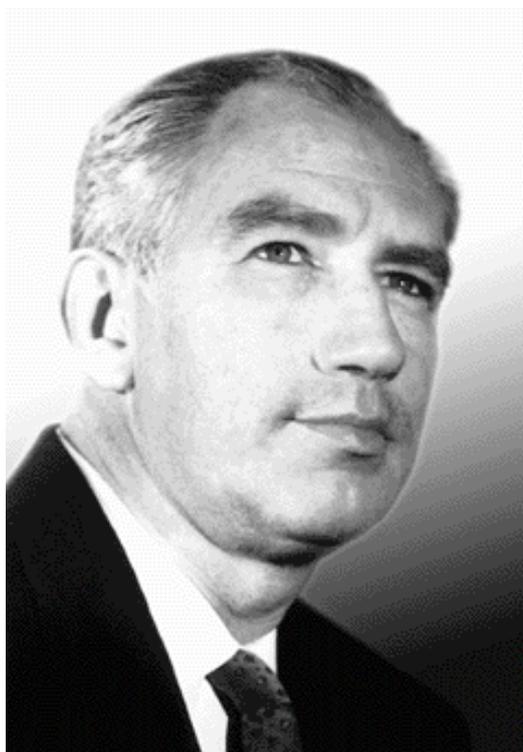
Soler, su amplísimo registro, la sabiduría melódica con que todas las palabras se colmaban de intensidad expresiva.

Un marinero de pelo cano
como la espuma blanca del mar,
todas las tardes, en este banco,
su vieja pipa viene a fumar.

Prende el tabaco y uno por uno
de aquellos días vuelve a pasar
con la sirena de trenzas de humo
que en el pasado lo hace soñar.

¿No recuerdas, marinero,
tu barquita en el mar de la China
que saltaba muy ligera
en las ondas como golondrina?

¿Y recuerdas, marinero,
el país de los bosques gigantes
en los cuales la yerbita
es del alto de los elefantes?



Francisco Gabilondo Soler

¿Y recuerdas, marinero,
la gran isla del fiero pirata,
y sus playas adornadas
con diamantes con oro y con plata?

¿Y recuerdas, marinero,
la sonrisa de aquellas princesas,
que salvaste de la gruta
del dragón de quinientas cabezas?

Coge tu pipa y ponte a fumar,
mientras te canta la brisa del mar,
coge tu pipa y ponte a fumar,
mientras te canta la brisa del mar.

Veamos con cuidado esos versos dedicados a los niños, en los cuales versos, repito, aun sin la música que los sustenta, se advierte el ascenso a cumbres poéticas raramente alcanzadas.

Se trata, pues, de un hombre viejo; sus cabellos han encanecido hasta tener el color de la espuma del mar; aquel color que pretendía para sí la negrita Cucunumbé; la expresión de esta edad, se refuerza con el adjetivo que califica a la pipa donde el hombre fuma. Es una vieja pipa. Pero el prodigio poético aparecerá enseguida. Al prenderse, el tabaco comienza a humear, y ese humo va cobrando móviles formas en el aire; construye así una imagen: la de las trenzas de humo que rodean el rostro

y el cuerpo de una criatura que lo llamará a tiempos ya inalcanzables: una sirena que le pondrá ante los ojos y el corazón la memoria de días felices dolorosamente consumidos. Y vendrá a continuación la particularidad de esos días iluminados. El primer recuerdo, aclara que el marinero no disponía entonces para sí de un barco, sino tan sólo de alguna barquita; pero en su camino esta barquita era tan ágil y tan alada, que su pasar encima de las ondas del mar, recordaba el vuelo rasante de las golondrinas, esas aves anunciadoras de la primavera.

Y viene enseguida lo de los bosques gigantes. Y aquí el accidente gramatical que construye el alma poética, es un simple diminutivo. Lo que en esos bosques alcanza la altura del mayor de los animales terrestres, no es simplemente la yerba; con eso ya sus dimensiones habrían quedado bien establecidas; pero no, no se trata nada más de la yerba; ésta, a fin de resaltar sus dimensiones, se transforma en algo mucho más pequeño: en una yerbita.

Así, cabe imaginar la altura que en esos bosques alcanzarían los árboles mayores.

Y después, la gran isla del pirata, cuya ferocidad se ablandaría quizás al contemplar la belleza del tesoro, pura luz de colores y de reflejos, con la cual, al paso de los años, habría ido adornando sus playas.

Empero, la mayor de las cimas poéticas se conquista, indudablemente, en la última de las estrofas; en ella ha de suponerse que, con el arma que haya sido, un hacha, por ejemplo, el marinero ha efectuado la óptima de las hazañas que alcanzan los héroes de los cuentos de hadas; a fin de salvar a la princesa, ha dado muerte a un dragón; pero en los cuentos la princesa es una sola, con quien el héroe, el caballero vencedor, habrá de unirse en matrimonio. Aquí no es una sola princesa, son varias; se oculta su número; pero hay algo que las unifica; pues el marinero, al contemplarlas, no repara en sus vestes o en sus adornos o en la forma de sus manos o en el largo de su cuello o en el ornato o color de sus peinados, no; aquí hay algo que las unifica a todas, reuniéndolas así en una sola: su sonrisa. Las varias princesas se han fundido en una sonrisa que expresa el contento, la gratitud, quizás el amor. Y esa sonrisa es no solamente lo principal, sino lo único que el marinero ha de recordar de ellas. Y ahora el marinero, al son de la brisa marina, convocando otra vez a su sirena, se pone a fumar como entre sueños. Poesía máxima. Indiscutible obra de genio. Dante no hubiera podido hacerlo mejor.

En aquel tiempo, afortunadamente, no había televisión, de manera que las imágenes formadas al escuchar las canciones eran creación de nosotros mismos: así las encuentro hoy por adentro de mí.

A lo largo de mi vida, antes de perder la vista, busqué en muchas mujeres el fulgor de sonrisa semejante; tal vez no lo encontré en ninguna. ■